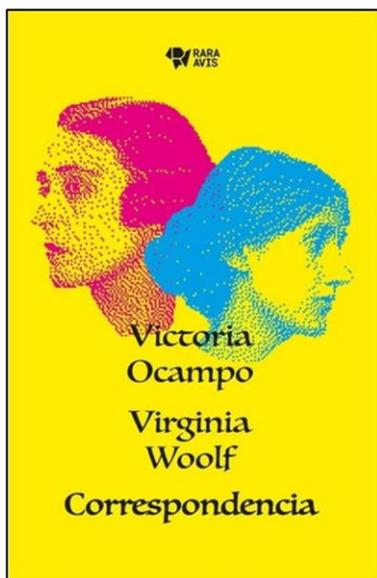

SOBRE *CORRESPONDENCIA*. *VICTORIA OCAMPO-VIRGINIA WOOLF*, MANUELA BARRAL (COMP.)

Julietta Núñez
Universidad Nacional del Sur
julietanu75@gmail.com



∞

Correspondencia. Victoria Ocampo-Virginia Woolf; Manuela Barral (comp. y prólogo); Trad.: Virginia Higa y Juan Javier Negri; Buenos Aires: Rara Avis, 2020; 155 pp.; ISBN: 978-987-46631-9-1.

Cuando Victoria Ocampo escribe *Gabriela Mistral en sus cartas*, elige despedir a la amiga que acaba de morir definiéndola como una “gran aficionada a escribir cartas tanto como poemas” (2007: 317). La equiparación de las dos formas de escritura resulta una operación arriesgada –incluso intrépida– en la medida en que propone un acercamiento a la consagrada poeta chilena desde una faceta desconocida de su escritura, o al menos poco explorada. Lo cierto es que mencionar el talento de Mistral para escribir cartas le permite a Victoria Ocampo no solo dar cuenta del tipo de vinculación que establece entre la literatura y la epistolaridad, sino también explicar cómo encuentra en este tipo de escritura una forma más de hacer literatura. Sobre la base de esta



afirmación, nos interesa empezar el análisis de la correspondencia entre Victoria Ocampo y Virginia Woolf, que esta edición reúne por primera vez. Pues entendemos que al despedir a Gabriela Mistral evocando este costado de su producción no solo está haciendo referencia a la escritura epistolar de la poeta, sino también a la importancia que le otorga a las “cartas de escritores, es decir, de gentes de oficio” (2007: 317). En efecto, Victoria entiende que estos textos intercambiados a la distancia no están escritos para ser guardados en el cajón de los recuerdos, sino para salir, en algún momento, a la luz. No se trata ni de cartas privadas ni públicas, sino de otro tipo que –como indica Pedro Salinas (2002: 49-50)– nace a la sombra de la intimidad para, en algún momento abrirse a un destinatario colectivo. Lo que marca la diferencia es la intención del escribiente. Victoria Ocampo y Virginia Woolf sabían muy bien de qué se trataba este pasaje de lo estrictamente privado a la rotativa de una imprenta. Tal vez sea por eso que Victoria haya quemado tantas cartas y reelaborado la escritura de aquellas que sobrevivieron. Y aunque en relación con lo escrito es poca la correspondencia que se ha publicado de ella, basta con recordar que son cartas las que inician dos de sus proyectos más importantes para advertir, sin dificultad, la importancia que Ocampo le otorga a la epistolaridad: me refiero al formato que recrea en la *Carta a Virginia Woolf* con que abre la primera serie de los *Testimonios* y a la *Carta a Waldo Frank* que inaugura la revista *Sur*. Por su parte, Virginia Woolf también le ha asignado un rol fundamental a esta forma, no solo como modo de escritura –su copiosa correspondencia ha sido publicada con el título de *The letters of Virginia Woolf*– sino también como material de lectura a partir del cual pensar las condiciones de producción literaria para las mujeres. Por eso, a pesar de las veces que le habla a Victoria sobre la “aversión [que siente] a escribir cartas” (51), la lectura de epistolarios, en cierto modo, la ayuda a armar esa genealogía de escritoras inglesas que propone en *Un cuarto propio*. Pues ni Jane Austen, ni las hermanas Brontë, ni George Eliott hubiesen existido en el mundo de las letras, afirma Woolf, sin la escritura epistolar de autoras como Dorothy Osborne, que frente a la imposibilidad de escribir libros encontraron en la carta un modo de acercamiento a la literatura. Observamos entonces cómo la correspondencia ocupa en el trayecto literario y cultural de estas dos mujeres un lugar que excede ampliamente el simple acto comunicativo ligado a la intimidad, ya que ambas entendían muy bien que ese intercambio “es un juego que por definición se juega de a dos, pero implica a tres” (Grüner 2016: 258), y que una vez que se produce el pasaje de lo privado a lo público, se convierte en un texto diferente dirigido a otro destinatario.

Partiendo de esta última idea, podemos afirmar que la edición de correspondencia no tiene que ver únicamente con llevar al espacio público aquellas escrituras que fueron intercambiadas en el ámbito de la privacidad. Como todo archivista, el editor también debe seleccionar, organizar y leer críticamente el material que dispone para poder así dar forma textual a esos diálogos a la distancia que acontecieron en tiempos pasados. Se trata, entonces, de desplazar la escritura del ámbito de la intimidad para inscribirla en otro circuito y abrir una nueva instancia enunciativa que resignifique ese corpus. En este sentido, el trabajo de edición y traducción realizado por Manuela Barral, Virginia Higa y Juan José Negri habilita la posibilidad de un nuevo encuentro –póstumo, podríamos decir– entre estas escritoras que tan solo se vieron tres veces en la vida. Una cita entre ellas y el lector que, al formar parte ahora de la conversación, puede volverlas a ese espacio en el que construyeron su “vínculo amistoso y cultural” (14) para proponer otras perspectivas desde las cuales repensar la naturaleza de esta célebre amistad.

Es importante destacar que el trabajo de esta edición, que no solo reúne el intercambio epistolar sino que también rastrea y publica la traducción y reescritura que Ocampo realiza de sus

propias cartas cuarenta años después, nos acerca a la doble función que Carlos Monsiváis atribuye a los epistolarios en la vida cultural: por un lado ser “el registro más exacto que se conoce del diálogo intelectual”, y por otro transformar “al interlocutor en espejo de la posterioridad” (2014: 57). Teniendo en cuenta esta doble posibilidad de lectura, no nos interesa leer el epistolario como una suerte de borrador o ensayo de otras publicaciones de las escritoras, ni tampoco pensarlo como una fuente documental para complementar determinadas líneas de investigación (ya sean biográficas, de archivo, etc.) sino desde su propia materialidad, es decir, desde sus propios rasgos constitutivos. Porque la importancia de esta publicación radica en la posibilidad de abrir otros horizontes de sentido que nos permitan no solo recomponer el diálogo intelectual que menciona Monsiváis, sino también leer cómo este tipo de escritura le permite a Ocampo ensayar un mecanismo alternativo de autofiguración.

Tanto Victoria Ocampo como Virginia Woolf dedican varias páginas de sus textos a explicar la naturaleza de la relación que las unió, o al menos a hablar acerca de la imagen que cada una se forjó de la otra. Mientras la primera despliega en sus relatos la admiración que siente por la escritora inglesa, la segunda hace referencia a la curiosidad que el exotismo de esa desconocida proveniente de un país lejano le provoca. Lo cierto es que en torno a esas interpretaciones proliferaron numerosas lecturas críticas que analizaron la amistad, algunas incluso en términos de asimetría y subalternidad. En tal sentido, la edición de este epistolario viene a ofrecernos la posibilidad de leer la conversación a partir de “una poética propia de la carta y explicar qué hace una carta al decir, cuál es su postura y su peculiaridad en tanto que epistolar” (Bouvet 2006: 27). En otras palabras, los rasgos de escritura propios de la carta nos permiten –sin desconocer las propias apreciaciones de las autoras– otras formas de acceso a la lectura. En el intercambio existen roles y ubicaciones que definen la situación de aquellos que se escriben. Nora Esperanza Bouvet (2006: 75) utiliza los términos franceses *partance* y *adresse* para mencionar la doble dimensión constitutiva de la epistolaridad. Como “*partance* constitutiva” entiende a la disposición “a partir” propia de este discurso; como “*adresse* constitutiva” a la orientación obligada hacia el destinatario. Es decir, el movimiento de “ir hacia el otro”, “ir hacia con la esperanza de” –dice Bouvet (2006: 75)– es el gesto de la escritura *en partance*. En cambio, la *adresse* tiene que ver con la espera y destinación del texto enviado. En otras palabras, la propia naturaleza de la carta impone una diferenciación entre el que está dispuesto a salir al encuentro, y el que está a la espera de recibir. Del mismo modo lo entiende Eduardo Grüner cuando, retomando el concepto de “economía del don” de Marcel Mauss, propone pensar al intercambio postal como un regalo que “solicita un acto de reciprocidad que llene el hiato, a veces insoportable, abierto por la diferencia entre el que da y el que recibe” (2016: 259). De allí que aunque en este epistolario exista una marcada disparidad en cuanto a la cantidad de textos remitidos entre una y otra, es fácil distinguir la disposición enunciativa de las escritoras. La escritura *en partance* de Victoria se traduce no solo a través de sus extensas y casi declamativas cartas, sino también a través de las breves –pero atentas– respuestas de Virginia Woolf. La posición de Ocampo se enuncia también en la ansiedad ante la espera de las respuestas, los regalos exóticos que complementan el envío de las misivas y la preocupación constante por el temor de haber herido la sensibilidad de su destinataria, gestos que no tienen que ser necesariamente leídos en clave de asimetría o subalternidad, sino en relación con el estímulo que la carta genera, comparable, según Carlos Monsiváis (2014: 26), al de un naufragado que envía y recibe el mensaje en una botella:

Cuando le dije que podría ayudarme quise decir que al ser usted lo que es y permitirme sentir eso a través de su “presencia real” (como dirían los católicos), usted me estaba ayudando enormemente. Es el tipo de ayuda que necesito (31).

Como si fuese una naufraga que ansía ser rescatada y guiada, Victoria Ocampo sale al encuentro de quien cree puede salvarla, de su referente literario en su deseo por escribir “como una mujer” (2012: 16). Por eso podemos leer cómo habla de sí misma, o de Virginia en relación a su propia existencia intelectual. No solo le regala mariposas, sino también el recuerdo de su imagen ante ella: “De las dos no soy quien puede dar, sino usted. Usted lo sabe mejor que yo” (42).

Virginia entiende la necesidad de la escritora argentina y eso la lleva a leerla atentamente y a responder, aunque sea brevemente, cada uno de los temas que le plantea. De allí que en sus devoluciones, observamos cómo Woolf destaca el trabajo crítico de la escritora argentina –“me alegra tanto que usted escriba crítica en vez de ficción” (47)–, la estimula a escribir su autobiografía, a la vez que responde con entusiasmo a la propuesta de ser publicada en Argentina. Podemos decir entonces que a través de la correspondencia las escritoras construyen una relación basada en una ética del cuidado entre mujeres, una relación de aquello que el grupo de feministas italianas nucleado en la *Librería de mujeres de Milán* llamó *affidamento*: el apoyo y entrega simbólica de una mujer a otra. Resulta interesante retomar este término italiano acuñado en *No creas tener derechos* porque esta obra de reflexión colectiva –dedicada a rastrear “la salida al mundo de unas mujeres legitimadas por su referencia a su origen femenino” (1991: 11)– propone la relación que durante tantos años unió a Virginia Woolf con la escritora inglesa Vita Sacville-West como uno de los ejemplos para explicar la noción de *affidamento*. Según cuentan las autoras, cuando Virginia invita a Vita a publicar en Hogarth Press lo hace señalándole la necesidad de modificar su prosa. Pero así como le marca las dificultades, también la acompaña, la aconseja, y la impulsa en su trabajo como escritora. No se trata del verticalismo propio de la relación maestra-discípula, pues Virginia no quiere modelar a su imagen y semejanza a Vita, a quien por otra parte admira. Como ambas reconocen la superioridad literaria de Woolf, es a partir de allí que establecen ese ligamen basado en el apoyo mutuo, en el apuntalamiento, logrando una suerte de pacto sórico similar al que Virginia Woolf plantea en *Un cuarto propio* como condición fundamentada de toda mujer que desee desarrollar una labor intelectual. Porque, afirman las autoras del documento, el espacio propio que señala Woolf no solo refiere a la necesidad de contar con un lugar material sino también a la de construir uno simbólico en el cual establecer contacto con otras referencias femeninas de la literatura, un lugar donde hacer nacer un acto de confianza entre iguales más allá de los diferentes roles de cada una.

Como dijimos más arriba, la epistolaridad, en su necesidad de definir las disposiciones en los gestos de escritura, habilita otras posibilidades interpretativas. Y aunque si bien es cierto que, como señala la propia Victoria Ocampo en *Virginia Woolf en su diario*, la amistad entre ellas fue “tan unilateral pues yo la conocía y ella no a mí; pues ella existía intensamente para mí y yo para ella fui una sombra lejana en un país exótico creado por su fantasía” (138), la lectura de sus cartas nos permite ver este vínculo en clave de acompañamiento, de tutelaje y disponibilidad. El “nosotras” que Virginia utiliza cuando le responde a Victoria acerca del éxito que tuvo en la Argentina la conferencia sobre su obra y su persona lo confirman: “Por supuesto que me siento honrada, halagada y encantada de que su larga conferencia haya mantenido el interés de la gente, sin importar cómo dividamos los méritos entre nosotras” (64).

Pues, efectivamente, Ocampo encuentra en las palabras que Virginia Woolf le dirige el aliento vital que necesita para escribir. Así se lo dice en 1934 a través de una carta y así lo ratifica cuando a fines de la década del setenta la desentierra del rincón de los recuerdos para traducirla, reescribirla y abrirla al público lector. Como ya mencionamos también, Victoria conoce –y aprovecha– el peligro que corre la correspondencia intercambiada entre famosos, o entre quienes aspiran a serlo (Grüner 2016: 261), pues sabe que esta es una forma más para hablar de sí misma, no ya a quien podía ayudarla a convertirse en escritora sino a quienes la leen como tal. Por eso, al reescribir esas viejas cartas las despoja de todo rasgo de intimidad y referencias privadas que puedan situarlas y fecharlas para darles un tono de objetiva atemporalidad. Son cartas que ahora van a hablar del recorrido realizado, del modo en que se proyectaba esa escritora que estaba naciendo. Como observa Manuela Barral (2020: 19), Ocampo no solo aprovecha la dialogicidad de la carta para acercarse a Virginia, sino que también escribe pensando en la imagen sobre sí misma que dejará a la posterioridad. No sería esta la primera vez que lo hace, ya que en el primer tomo de su autobiografía, *El imperio insular*, incorpora las cartas escritas durante la juventud a su amiga Delfina Bunge, en las cuales le cuenta las dificultades que obstaculizan su deseo de ser escritora. Es por eso que quema muchas y a la vez pule, reescribe y edita las que elige salvar. Efectivamente, para Ocampo lo epistolar no solo es un gesto de comunicación sino también de escritura, y así como hay personas que escriben poemas o novelas, afirma, existen aquellas –como Gabriela Mistral, Virginia Woolf, Dorothy Osborne o ella misma– que “son escritoras o *escribidoras* de cartas” (2017: 317). Se trata de escribir para ir hacia el encuentro del otro, pero también de un tono y de un estilo. Allí radica –según Salinas– lo paradójico de la carta privada que se vuelve pública: mientras el que escribe se desplaza al que recibe, no hace otra cosa que hablar de sí mismo. Atenta a esta paradoja, Ocampo encuentra en la escritura epistolar una forma para dirigirse al porvenir, a lo que está por-venir. La que escribe las cartas a Virginia es esa escritora que está naciendo y que proyecta a la que será; la que las reescribe y edita es esa escritora ya consagrada revisándose al final de su vida.

Bibliografía

- BOUVET, Nora Esperanza. 2006. *La escritura epistolar*. Buenos Aires: Eudeba.
- GRÜNER, Eduardo. 2016. *Un género culpable*. Buenos Aires: Ediciones Godot.
- LIBRERÍA DE MUJERES DE MILÁN. 1991. *No creas tener derechos. La generación de la libertad femenina en las ideas y vivencias de un grupo de mujeres*. Madrid: Horas y Horas. La Editorial Feminista Trad.: Cinta Montagut y Anna Bofill.
- MISTRAL, Gabriela y Victoria OCAMPO. 2007. *Esta América nuestra. Correspondencia 1926-1956*. Buenos Aires: El cuenco de plata.
- MONSIVÁIS, Carlos. 2014. *El género epistolar. Un homenaje a manera de carta abierta*. México: Maporrúa.
- OCAMPO, Victoria. 2005. *Autobiografía I. El archipiélago-El imperio Insular*. Buenos Aires: Ediciones Fundación Victoria Ocampo
- _____. 2012. *Testimonios. Primera serie (1920-1934)*. Buenos Aires: Editorial Sur.
- SALINAS, Pedro. 2002. *El defensor*. Barcelona: Ediciones Península.
- WOOLF, Virginia. 1964. *Un cuarto propio*. Barcelona: Seix-Barral. Trad.: Laura Pujol.